

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón en conexión por video desde Milán, 16 de junio de 2021

Texto de referencia: J. Carrón, «Un sobresalto imprevisible», en ¿Hay esperanza? La fascinación de un descubrimiento, Huellas 2021, pp. 57-89.

- *Aconteceu*
- *Liberazione n. 2*

Gloria

¡Buenas noches a todos! Empezamos a trabajar un nuevo capítulo de *¿Hay esperanza?* que se abre con estas palabras, que me parecen muy pertinentes con lo que está pasando: «El presente, con sus sacudidas, ha sacado a la luz aspectos de la vida que habíamos dado por descontados. “Así es como se comportan los hechos. Desinflan cualquier burbuja de presunción, hacen pedazos las teorías, destruyen las convicciones”. Para muchos se ha vuelto urgente de repente, aunque sea por un instante, esa exigencia de un significado último [...]. Muchas evidencias han caído, no es algo nuevo, ya no forman parte de nuestro bagaje cultural de partida. [...] Pero, paradójicamente, quizá resulte una ayuda ver cómo se quiebran algunas de nuestras presunciones monolíticas, experimentar cómo se produce una grieta en el muro de nuestras seguridades. Lo canta Leonard Cohen: “Hay una grieta en cada cosa / así es como entra la luz”» (pp. 57-58).

La experiencia de la pandemia, ¿cómo ha favorecido que se abriera una grieta en nuestro trabajo?

Buenas noches. Este último año ha sido un año muy difícil, tanto en el hospital como en la familia. Me ha provocado especialmente la cantidad de muerte, soledad, dolor, llanto que hemos visto. He aprendido qué significa realmente la realidad como «dato», que tanto lo bueno como lo malo es la ocasión que Él usa para llamarme. Y esto para mí ha sido revolucionario. Además, muchas veces el Señor me ha agarrado de los pelos, cuando mi marido me recibía de algún día duro, alguna conversación con mi hermana, la escuela de comunidad, los Ejercicios de la Fraternidad que han vuelto a ser un renacer. Pero yo tengo sobre todo una pregunta. Me doy cuenta de que esto lo he aprendido pero la mayoría de las veces actúo como el resto del mundo. Ante nuevas circunstancias que me gustaría que fueran de otra manera y no lo son, me descubro intentando reducir mi deseo, cortándolo, no queriendo tenerlo e incluso sospechando de que la realidad vaya a responderlo. Es decir, pongo completamente en duda la bondad del deseo, diciendo: «¡Esto no es verdad!». Objetivamente, si me paro y hago un trabajo, reconozco que esto no es así y puedo volver a recuperar, pero es un trabajo muy duro. De hecho, la gran pregunta que tengo es cómo no partir de cero otra vez, cómo puede ser que esto sea cotidiano, porque realmente es un dolor muy grande. Contándoselo a una amiga me decía que le sorprendía que mi dolor no fuera tanto por las circunstancias sino por el hecho de vivir esas circunstancias como todos. Mi gran pregunta es cómo poder no partir de cero, cómo puede hacerse cotidiano ese reconocimiento de la realidad.

Tu pregunta me parece muy interesante, porque nos plantea a todos la cuestión de si, de lo que vivimos, queda algo que nos permita afrontar lo cotidiano de manera distinta. Don Giussani nos decía que las circunstancias son para nuestra maduración («Dios no permite que suceda cosa alguna si no es para la madurez, para una maduración»; L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», *Huellas*, n. 3/2008). Tú esto lo estás poniendo en cuestión: ¿de verdad las circunstancias son para nuestra maduración? ¿Todo lo que vivimos es capaz de generar en nosotros algo estable, que nos permita afrontar las circunstancias con una novedad dentro? Tu pregunta es un desafío a la propuesta que nos hace don Giussani, y es justo que lo hagas porque yo no puedo convencerte de que algo es verdad «porque lo dice Giussani» (ni tampoco él lo pretendía). Giussani me hace una propuesta y yo tengo que descubrir en mi experiencia si sucede y si es capaz de generar algo nuevo en mí para afrontar los nuevos desafíos que la vida nunca me ahorrará.

Nos enfrentamos a una cuestión decisiva. Y sorprende ver que no es solo nuestra, es un problema de cualquiera que haya vivido la misma circunstancia que tú u otra similar, por tanto el nuestro es un diálogo a 360 grados, con cualquiera. Me parece fundamental reconocer esto: nuestro diálogo –el diálogo que cada uno tiene consigo mismo sobre cómo lo vive todo y qué se genera viviendo las circunstancias– es con el mundo. En el fondo, estamos mostrando delante del mundo si la fe que vivimos es capaz de generar algo que tenga relevancia para todos, para las preguntas que tienen todos. Desde este punto de vista, me ha llamado la atención un artículo publicado en un periódico español, *El País*, donde la escritora Rosa Montero describe el impacto que le causó asistir al primer fin de semana de reapertura después del estado de alarma. «Como vivo en un barrio céntrico de Madrid, pude percibir desde mi casa el chupinazo de la salida del estado de alarma, el fragor del maremoto de la muchedumbre por las calles y su hambre insaciable de felicidad, tantas ansias de quemar la noche, de poseer la vida. Asustaba ver que nos hemos olvidado de nuevo del virus pero el tema de este artículo no es una mera desmemoria irresponsable porque por otra parte la explosión de alegría me pareció muy comprensible. Me pregunto, eso sí, cuántos se fueron contentos esa madrugada a la cama». Todos hemos tenido que verificar cómo nos hemos ido a dormir después de esperar durante meses el comienzo de los festejos por la reapertura. Por eso, tu pregunta es la misma que la de esta escritora. «“Buscamos la felicidad pero sin saber dónde” [...] La pandemia debería habernos enseñado algo respecto a la vibrante y única verdad del presente, de este instante exacto en que vivimos, pero me temo que no hemos aprendido nada». Cuenta que ha visto a personas a las que les habían diagnosticado un cáncer «y que en la sobrecogedora clarividencia del susto aseguran que la enfermedad les ha abierto los ojos. Y que, si salen de esta, nunca más volverán a desperdiciar el tiempo ni a preocuparse por tonterías», es decir, que han aprendido algo que quedará en ellos como recurso para afrontar lo cotidiano. Pero añade: «Amigos que luego se curan, menos mal, y que a los pocos años vuelven a recaer en el mismo atropello mental, en la misma confusión sobre lo que son y lo que desean». Vuelven a mirar la realidad como antes, «postergando inconscientemente la felicidad a un tiempo que siempre queda a desmano, un poco más lejos», es decir posponiendo el cumplimiento a la llegada de nuevos eventos «en un futuro al que jamás se llega». De hecho, escribe la columnista: «La mala noticia es que jamás se llega. Solo el hoy existe, el aquí y el ahora» (R. Montero, «Hoy, aquí, ahora», *El País*, 23 de mayo de 2021). Así acaba el artículo. Es una experiencia que todos estamos viviendo, después del estado de alarma, con la vuelta a la llamada “normalidad”. Tú preguntas si hay algo que quede, de modo que llegue a ser cotidiana una nueva manera de vivir. Puede suceder en una situación normal, como las celebraciones de la gente de Madrid que describe Rosa Montero, o en una circunstancia dramática, como cuando en Italia, justo el día de la reapertura, nos topamos con otro impacto, mucho más desagradable, provocado por el desplome del teleférico del Mottarone.

Hola, buenas noches a todos. Cuántas veces he oído la frase de Montale «un imprevisto es la única esperanza», y cuántas veces me ha resbalado como algo ya sabido. Pero esta vez he intentado compararla con las circunstancias que estoy viviendo, queriendo ver en acto si esta frase incide en la vida concreta. Mirar el imprevisto como una posibilidad realmente incidente en mi vida, en cómo miro las cosas, es sin duda lo más razonable. Lo que he visto cambiar en mí ha sido el paso de esta constatación desarmante a una implicación afectiva. No basta una observación lógica y desarmante para aceptar que otra medida puede ser la clave para mirar las cosas. Qué necesidad hay que reconocer para estar en las cosas sin miedo a la propia humanidad, mendiga y deseosa de reconocer a Alguien a través de alguien. Ha sido un descubrimiento. Luego llegó el desastre del teleférico del Mottarone. Empecé a tambalearme, a retroceder, como si aquel descubrimiento desapareciera. Yo pienso en el imprevisto como algo positivo que sucede. Eso que pasó también era un imprevisto, pero era una tragedia, no una esperanza. Te pregunto cuál es el nexo entre la tragedia del teleférico y lo que dice Montale, que «un imprevisto es la única esperanza». Veo que en medio hay otro paso, un trabajo para no volver a reducir la cuestión. ¿Puedes ayudarme?

La pregunta no solo surge ante el *shock* del teleférico. Surge también, como hemos visto, ante las celebraciones después del estado de alarma, ante cualquier circunstancia cotidiana. Y es justamente mirando este dato como podemos entender qué imprevisto debe suceder para que podamos adquirir algo que permanezca.

Parto de la frase del Gius que citas en el punto 2 del tercer capítulo sobre el imprevisto que sucede. «Jesucristo [...] se oculta, se presenta, bajo el aspecto de una humanidad diferente. El encuentro, el impacto inicial, se da con una humanidad diferente, que nos sorprende porque corresponde a las exigencias estructurales del corazón mucho más que cualquiera de nuestros pensamientos o de nuestras fantasías» (p. 69). Esta frase se me ha clavado como un puñal en el corazón porque la reconozco dramáticamente verdadera. Pero si miro alrededor, si trato de buscar esta humanidad diferente, me sorprende y me invade una última desilusión porque no la veo o, mejor dicho, me cuesta verla ahora. Si miro a la gente de mi comunidad, los gestos que hacemos, hasta la atención por mi persona, parece que el entusiasmo que me cautivó hace más de 48 años y que cambió mi vida se va desvaneciendo con el tiempo, desgastándose sin que esa humanidad diferente acontezca como un hecho hoy. Estoy en paro desde hace año y medio y es raro que alguien me pregunte cómo estoy, aunque nos veamos en misa, en la Escuela de comunidad, en los grupos de Fraternidad y demás. Pero esa humanidad diferente es como si no la viera por ningún lado. También es cierto que luego pasan cosas, como la muerte de un amigo enfermo de ELA, y ves una humanidad desbordante que habla de alguien conquistado por un Amor infinito que le sostiene hasta morir así, abandonado a Él. Pero es como si ni siquiera testimonios así me bastaran, como si fueran hechos y personas que suceden lejos de mí. Yo imploro cada día que esta humanidad diferente me sacuda como un rayo o como un susurro –me da igual–, pero que algo entre en mi carne y en mi sangre y la contagie de bien. ¿Cómo es posible que este deseo siga siendo estéril y a mi alrededor no vea suceder esta humanidad diferente? De hecho, veo una humanidad más pobre que antes, sin ese ímpetu que me impactó desde el principio de mi experiencia cristiana. Gracias por tu paternidad.

Gracias, porque nos pones a todos delante del desafío: no basta que uno vea cosas extraordinarias, testimonios espectaculares, hechos y personas que suceden. «Yo imploro cada día que esta humanidad diferente [...] entre en mi carne y en mi sangre». ¡Impresionante! No nos basta verlo en alguien, queremos que esa novedad penetre en nuestras entrañas. ¿Pero «cómo es posible que [...] no vea suceder esta humanidad diferente?». Cuando uno percibe que decae el entusiasmo inicial, ni siquiera ver hechos excepcionales basta. ¿Y entonces? ¿Qué queda de todo lo que Dios nos da como testimonio de Su acción? ¿Es posible (como se preguntaba antes nuestra amiga) que, de todo lo que nos pasa, quede algo significativo para afrontar la vida cotidiana, o tenemos que volver a empezar siempre de cero?

Hola. De todos los hechos increíbles y excepcionales que hemos visto, ¿qué queda? Esta pregunta que hacías en la diaconía del CLU la semana pasada me está acompañando estos días, arde en mí porque todos estos años hasta ahora estoy viendo y tocando hechos que no puedo «subsumir» en mis conceptos, que tocan un punto candente dentro de mí, que me sobresaltan. Hablo con personas que sé que han visto lo mismo, si no más que yo (también por su larga pertenencia al movimiento), pero todo lo que han visto «no les basta», «ya no les atrae», «ya no lo ven». Entonces, ¿qué queda? Quiero mirar esta pregunta a la cara porque no tengo ninguna intención de vivir con miedo a que, en un momento dado, también a mí me pase algo que me no sepa afrontar. Si miro el momento de “oscuridad” que tuve hace años, lo que permanecía a pesar de todo era la evidencia de lo que me había pasado al principio de mi vocación, hasta el punto de descolocarme y hacerme desear que todo mi ser pudiera apegarse a lo que había encontrado. Esta evidencia no la podía eliminar, aunque a veces lo intentaba. Pero era una lucha desigual, pues tenía que mentirme a mí mismo para ello. Reconocer esto, no separarme de esa evidencia, me permitió hacer un camino. También lo veo en amigos que viven alguna prueba. Todos los hechos que veo y que vivo «incrementan» esa evidencia inicial. «Y creyeron en Él» (Jn 2,11). «Señor, aunque no lo entiendo, solo tú tienes palabras que

explican la vida» (cf. Jn 6,68). Esta experiencia que vivo no nace como fruto de un esfuerzo, sino del hecho de que Él ha generado mi afecto, me ha ligado a Sí mediante un lugar, mediante el carisma. Me impactó mucho que tú, para responder en la diaconía, reaccionando al ejemplo de una chica que veía en los ojos de un amigo nuestro los mismos ojos que su abuelo, saltaras diciendo: «Queda esa mirada, ¡esos ojos!». Es verdad, esos ojos permanecen, mirándome y plasmando mi propia mirada. Porque lo veo, como decía una amiga: «Aquel que me genera me deja tan pobre como antes, pero me cambia la mirada». Esto me abre a un uso de la razón distinto.

Pidamos entonces directamente a nuestro amigo que nos cuente lo que esa chica ha visto en sus ojos.

Buenas noches. Es algo que me pasó en la universidad. Una de las chicas con las que trabajo en el comité de representantes donde resulté elegido me dijo: «Ya había perdido la esperanza en la humanidad, pero desde que te conozco ya no puedo decir que todos los seres humanos sean malas personas». Después de unos días trabajando juntos, en un momento dado me dice: «Hay algo que no soy capaz de entender. Por favor, ¡cuéntame tu historia!». Quedamos a tomar un café, le cuento lo que me ha pasado en la vida y ella desde el primer momento dice que todo eso le parecía imposible o irracional. Como ella tiene una relación muy particular con la naturaleza, le pregunté: «¿Es que tú nunca te has preguntado de dónde viene ese árbol, por qué ese árbol existe?»; y ella me respondió: «Para esas preguntas es imposible encontrar respuesta». Por la noche me manda un mensaje: «Al irme a la cama me he dado cuenta de que las preguntas de las que hablabas siempre las he tenido. ¿Me presentas a tus amigos?». Quedamos entonces a tomar algo y hablando con uno de mis amigos nos contó su historia y dijo: «Me ha llamado la atención porque tiene los ojos de mi abuelo, que es la única persona que me ha querido de verdad en la vida. Lo único que él y mi abuelo tienen en común es que los dos creen». Entonces mi amigo le dijo: «¿Pero te das cuenta de que tu abuelo sigue vivo, que vive todavía en los ojos de tu amigo?». Esto le hizo añadir esa pieza, ese particular que abre a lo universal, porque era como si su historia encontrara un vínculo con la nuestra, aunque ella no crea. Y ahora, en cuanto puede, viene a comer con nosotros y sigue diciendo: «No lo entiendo, no lo entiendo pero veo los ojos de mi abuelo, y eso es lo único que me hace estar en paz, es lo único que me permite no esconder mis preguntas aunque no las entienda y crea que no tienen sentido». ¿Qué reconozco en esta historia? Que poco a poco crece en mí la conciencia de que mi «yo» es más «yo» cuando hay Alguien que lo ama, Alguien que me prefiere. Esto es lo que genera una verdadera amistad. Y es increíble porque esto me está haciendo ser cada vez más yo mismo, tanto que mi vida, que antes estaba dividida en factores (universidad, estadio, familia), se va juntando y sus mundos se van encontrando. Para mí esto es algo muy valioso.

¿Queda algo de lo que nos pasa en la vida? ¿Cómo sabes que has encontrado algo que permanece? Por los ojos. ¡Los ojos del abuelo en tus ojos! Si no hubiera quedado en ella la mirada de su abuelo, esta chica no habría podido reconocer en tus ojos los ojos de su abuelo. Muchas veces es como si tuviéramos que ver suceder cosas de este tipo para responder a nuestras preguntas. Es interesante mirar lo que has dicho. Al principio, cuando le contabas tu historia, ella reaccionaba sin creerse lo que le estabas diciendo, le parecía imposible e irracional. ¡No se lo creía! Pero como lo que veía en ti era irreductible, tuvo que admitir: «En todo caso, hay algo [¡el mítico “algo”!] que no entiendo». Ve en ti los ojos de su abuelo y por eso vuelve a buscarte. Por tanto, hay algo que queda, que no desaparece al cabo de un tiempo. Y esa mirada es tan verdadera no porque te autoconvenzas para tenerla, sino porque otro –esta chica– lo intercepta sin saber nada de ti, lo reconoce viendo lo que tienen en común tus ojos y los de su abuelo. ¡Es extraordinario! ¿Y qué es lo que tienen en común? Que los dos creéis. Esta chica puede que aún no entienda qué es ese «algo» y habrá que darle todo el tiempo que necesite, pero ya no puede borrar lo que ha visto. Ya no puede borrar la pregunta que antes evitaba («¿de dónde viene ese árbol?»), hasta el punto de que cuando se va a acostar se la encuentra ahí, y no puede borrar la mirada de su abuelo que ha vuelto a ver en ti. Es como si se encontrara con algo que no pudiera borrar, algo que no puede reducir a sus interpretaciones. Es esa excepcionalidad –que puede manifestarse mediante esta modalidad: los ojos de una persona– que ni

siquiera los discípulos sabían interpretar, pero que no podían borrar. Ellos tampoco entendían, pero no podían evitar reconocer que en su experiencia había algo único. Por tanto, si prestamos atención a estos episodios, podemos darnos cuenta de lo humano que es el camino de la fe, y eso hace que tu amiga, llena de curiosidad, se desplace de su posición inicial –«es imposible»–, igual que les pasó a los discípulos, que siguieron a Jesús por curiosidad, por el presentimiento de algo que aquel Hombre llevaba en su mirada. Ahora sucede igual.

Algo parecido escribe un amigo que no puede participar por un compromiso laboral. «Una parte del capítulo 3 me ha interpelado mucho, cuando dice: “Jesucristo, aquel hombre de hace dos mil años, se oculta, se presenta, bajo el aspecto de una humanidad diferente. El encuentro, el impacto inicial, se da con una humanidad diferente, que nos sorprende”. A mí me ha pasado lo mismo. En el trabajo nunca he dicho que soy del movimiento. Después de año y medio salió el tema y les dije a todos que era del movimiento, lo que suscitó un asombro general en todos excepto en un compañero que dijo: “yo me enteré hace poco”. Cuando me acerqué a preguntarle cómo lo sabía me dijo: “Mira, en esta empresa también trabajaba una persona de CL”, a la que no conozco, “¡y sois tan parecidos! Lo que tenéis en común es la dignidad que dais a cualquier persona [es decir, la misma mirada que sorprendía a todos los que eran mirados por Jesús] cuando habláis con ella, independientemente de quién sea” [no es una cuestión de simpatía o antipatía]. Sus palabras me sorprendieron porque yo no me doy cuenta, de hecho a veces me avergüenzo de ser demasiado duro con mis compañeros. Ahí vi el signo de esa humanidad nueva que portamos inconscientemente porque nos ha pasado algo tan radical que nos ha cambiado completamente la vida. Es paradójico porque nunca me esforzado por mostrarlo, pero igual que le pasó a Arzumendi, mi compañero también interceptó esa humanidad común entre su antiguo compañero y yo. Pero ahí me surge una pregunta. ¿Cómo es posible que esta humanidad nueva no la vean todos? Porque de quince personas que había allí y que habían conocido a este antiguo compañero, solo uno reconoció que ambos teníamos algo en común que nos unía, pues de otro modo esa diferencia sería inexplicable». Esto pertenece al misterio de la libertad de cada uno, lo que nos corresponde es ser testigos, lo que el otro haga con nuestro testimonio depende de una decisión de su libertad. Por tanto, respondiendo a la pregunta sobre qué es lo que queda, es interesante interceptar en los demás qué es lo que queda cuando se encuentran con nosotros, y a través de los demás nosotros nos hacemos más conscientes.

Este año, una nueva compañera, muy inteligente y profesional, se ha ido acercando a mí poco a poco, hasta que un día me preguntó si podía ir a misa conmigo. Así que en febrero empezamos a vernos todos los domingos para ir a la iglesia y a veces dábamos un paseo y charlábamos un poco de todo. Gradualmente, con esta amistad he empezado a darme cuenta de que en muchas ocasiones mi sentencia es: «¡Imposible!», y me cierro en banda, pero ella me desafía sutilmente. En la página 65 de ¿Hay esperanza? escribes: «Nos parece imposible [...]. Pero ¿y si ocurriese? ¿Y si lo encontrásemos? ¿Y si viniese a buscarnos?». Y una carta de la página 75 dice: «Cristo estaba venciendo en mí, en todas mis heridas y objeciones [...] con Su contemporaneidad». ¡Es exactamente eso! Poco a poco ha ido creciendo, hasta que hace dos semanas, el corazón de esta amistad se hizo explícito y esta chica me mandó un largo mensaje, del que leo una parte: «Te doy las gracias porque tú, además de ser mi amiga, eres una memoria y creo que me di cuenta de ello incluso antes del día que me lo contaste. Me estás ayudando a sentirme de nuevo cristiana por elección. Siempre he tenido fe en Dios, pero había perdido un poco el rumbo y tú me has ayudado mucho a recuperarlo. Luego descubrir el movimiento ha sido una sorpresa, me está ayudando a mirar realmente dentro de mí. No sé qué camino tomaré, pero estoy segura de que debo agradecerlo a ti. Lo sé con certeza desde que me diste esa hoja con esas palabras subrayadas: “El Verbo se hizo carne y habita entre nosotros”. Desde ese día sé que quiero ser amiga tuya, que eres importante y que no quiero perder tu presencia. Es un bien precioso que no puedo desperdiciar». Soy protagonista, pero también espectadora encantada de todo esto. Porque es evidente que está encontrando algo totalmente nuevo en mí, pero yo encuentro lo mismo gracias a ella, porque está cambiando la concepción de mí misma. Pongo un ejemplo partiendo de lo que dices en la página 76 del libro: «¿Cómo puedo saber si el aspecto

particular con que me topo es el acontecimiento de Cristo hoy? Si demuestra [...] su “pretensión universal”, su capacidad de iluminar cualquier circunstancia o situación, incluso la más desconcertante, que es la muerte». Actualmente no me enfrento a la muerte, pero durante años y hasta hace unos meses decía: «Si los demás vieran lo que se me pasa por la cabeza, no podrían fiarse de mí. Entonces, ¿quién ve la verdad de mí misma? ¡Solo yo, que me veo por dentro!». Era devastador. Ahora, en cambio, si pienso en esa concepción que tenía de mí misma, ese problema ya no me afecta, porque no es eso lo que me interesa: la verdad es que soy Suya, del Señor. Mi amiga lo ve, pero yo también lo veo porque reconozco que Él siempre vuelve a rescatarme, ahora también a través de ella, ¡de una manera tan nueva que es como si no lo hubiese visto nunca! Y tengo una gran curiosidad por ver a dónde me llevará. ¡Gracias!

Esta es la dinámica de la generación del yo, que acontece poco a poco, según un designio que no es nuestro. Es tan evidente que a veces los demás lo ven antes que nosotros. El Señor nos hace encontrarnos con personas que lo ven para hacernos conscientes de lo que nos está pasando. Como dice otra contribución que cita un fragmento del libro: «Dos mil años después, estamos en una situación idéntica, hay algo dentro de nuestra experiencia, pero viene de fuera de ella». Los discípulos veían a aquel hombre y no podían dejar de reconocer que llevaba algo dentro que les remitía más allá. Ese algo que remite «más allá» es lo que tu nueva amiga ha descubierto en ti.

Poco a poco, si nos damos el tiempo que haga falta, si nos dejamos generar por lo que Él está haciendo en nosotros, podremos entender desde dentro de nuestra experiencia las palabras de san Pablo (parecidas a las tuyas): «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Pienso en la chica que cito en el libro, que lo puede comprobar incluso ante la muerte del novio de su hermana, viendo cómo Cristo vence con Su contemporaneidad por el impacto que percibe en la manera de estar delante de una situación tan desafiante. Nosotros lo estamos viendo, pero muchas veces la historia que llevamos a las espaldas nos parece insuficiente para afrontar un nuevo desafío.

La frase «un imprevisto es la única esperanza», que en el pasado he repetido con mucha simpatía, esta vez me ha dejado bloqueada. El año que hemos pasado en mi ciudad, que desde noviembre está entre las ciudades con mayor número de contagios por habitante de Italia (y con muchos muertos); una situación familiar muy difícil y dolorosa que se prolonga desde hace años; el curso escolar, que ha puesto a prueba a mis alumnos y a mí con ellos, todos estos hechos me han hecho tener miedo por lo que podría pasar. Llegando hasta la noticia sobre las disposiciones del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida respecto a los órganos de gobierno de los movimientos, que me ha dejado profundamente preocupada. Mi actitud es la que describe el párrafo del segundo capítulo sobre el afecto: la tentación de intentar retirarme, de ahorrarme los imprevistos por miedo. «Dejar abierta la posibilidad de que suceda algo que supere nuestra capacidad de previsión» me asusta, pero entiendo que «no es renunciar a la razón, sino vivirla hasta el fondo» (p. 61). Como dices en la introducción, «tenemos suficiente historia a nuestras espaldas para saber que cualquier intento nuestro será demasiado débil. El final es algo anunciado, la muerte siempre sale victoriosa» (p. 4). Sin embargo, tengo delante testigos (pienso en tu pronta e inmediata respuesta al cardenal Farrell) que lo perciben todo nuevo por la novedad que el encuentro supone para ellos. Ante este imprevisto descubro muy familiar y acuciante la pregunta de Nicodemo «¿Acaso puedo nacer de nuevo siendo viejo?». Yo tengo suficiente historia a mis espaldas para saber que todo intento es insuficiente y tengo suficiente historia a mis espaldas para saber que hay esperanza, pero te pregunto: ¿cómo puedo nacer de nuevo? ¿Cómo puedo no mirar siempre hacia atrás, liberarme del pasado y verlo todo como nuevo?

Como veis, en este caso vuelve a plantearse de nuevo la pregunta: ¿qué queda del pasado para afrontarlo todo? ¿Queda algo nuevo, hasta el punto de sorprender que verdaderamente un imprevisto es la única esperanza?

Desde el viernes se abrió el debate en varias ocasiones sobre el Decreto del Dicasterio. Al leerlo pensaba: «No carecéis de ningún don gratuito» (1Cor 1,7). No tengo miedo. El camino que me has

indicado estos años me hace estar segura. Dios es fiel y la historia es Suya. Tengo curiosidad por ver qué pasará. No creas que no entiendo la magnitud de lo que esto supone para el movimiento, pero no me quita el aliento. Rezo, miro y guardo silencio. Sin embargo, si esta posición te parece ingenua o superficial, dímelo, porque muchos lo creen así y me gustaría entender qué es lo que me estoy perdiendo.

Varias personas me han escrito pidiendo ayuda para hacer frente al requerimiento del Decreto aprobado por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida sin censurar la propia experiencia porque, como veis, esta vuelve a ser una circunstancia que tenemos que afrontar.

La primera reacción que habéis visto en mí, como señalaba antes nuestra amiga, es de absoluta disponibilidad a la obediencia –la virtud cristiana que don Giussani siempre nos ha inyectado en sangre, dándonos contante testimonio de ello– ante la solicitud de cambios en el gobierno de las asociaciones. Lo afirmé en la carta que envié al cardenal Farrell al día siguiente, que todos podéis leer en la web de CL: «En relación a la carta con la que ha querido adelantarme el texto del Decreto general relativo al ejercicio de gobierno en el seno de las asociaciones internacionales de fieles, quiero garantizarle que la Diaconía Central de la Fraternidad de Comunión y Liberación procederá a realizar los trámites requeridos en las formas y tiempos establecidos por dicho Decreto». Podemos mirar esta circunstancia, de nuevo, marcados por la experiencia que hemos vivido y que estamos viviendo. Esta es otra ocasión que se nos ofrece a cada uno para responder a la pregunta de qué es lo que queda y verificarlo en nuestra experiencia. En la relación entre nosotros, lo que nos define no son los cargos, sino la diferencia que portamos. Por eso los cargos pueden cambiar, y es justo que así sea, y nosotros podemos seguir testimoniándonos mutuamente la novedad que nos ha cautivado. Esta es la cuestión crucial. Al mismo tiempo, esto saca a la luz el significado de esta circunstancia.

Para nosotros, ¿qué es lo que está en juego en esta circunstancia? Como siempre, nuestra maduración (como hemos visto en las intervenciones de esta noche, una tras otra), es decir, la verificación de la fe. Cada uno de nosotros ha reaccionado de una manera o de otra ante el Decreto (igual que ha reaccionado ante el accidente del teleférico, ante la vuelta a la “normalidad”, al ver que las cosas decaen) y ha podido sorprender eso que Giussani llama, en el capítulo décimo de *El sentido religioso*, «la estructura de la reacción que tiene el hombre ante la realidad» (Encuentro, Madrid 2008, p. 145), es decir, qué ha generado en nosotros el camino que hemos hecho. Porque en la estructura de la reacción es donde sale a la luz todo lo que uno es, lo que vive, su autoconciencia, el camino que ha hecho, todo lo que ha ganado o le falta por ganar. En la estructura de la reacción, en cómo reacciona uno, encontramos las indicaciones de los pasos dados en la personalización de la fe y de los pasos que quedan por dar, es decir, lo que hay que hacer desde el punto de vista educativo.

Lo que aquí está en juego, hoy más que nunca –como siempre nos decía don Giussani– es la generación de nuestra persona a través de todos los desafíos que debemos afrontar. Lo que todos deseamos es que esa humanidad distinta que nace de la fe llegue a ser nuestra, entre en nuestra carne, como decía una de las intervenciones al principio. La persona debe ser ayudada a crecer en su autoconciencia, la persona no crece mediante pensamientos o reflexiones abstractas, sino mediante lo que sucede. ¿Por qué a don Giussani le interesa tanto crecer en esta autoconciencia? Porque «la fuerza del sujeto radica en la intensidad de su autoconciencia» (*El sentido de Dios y el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 2005, p. 151). Esta es la auténtica fuerza de nuestra persona: su autoconciencia.

Delante de todo lo que hemos escuchado esta noche, delante de cualquier desafío, debemos recordar siempre que nuestra batalla (como decíamos en los Ejercicios) es contra la nada. ¡No nos equivoquemos! También en este caso, la pregunta que debemos responder es qué es lo que necesitamos para vivir en cualquier circunstancia. Todo lo demás viene después. Nos interesa la fe como respuesta pertinente a las exigencias de la vida.

Me ha llamado la atención algo que don Giussani decía a los universitarios en 1990. «Lo que importa es el sujeto, pero el sujeto [...] es la conciencia de un acontecimiento [cuando penetra en nosotros lo vemos por el sobresalto que genera en nosotros todo lo que vivimos], el acontecimiento de Cristo, que se ha hecho historia para ti a través de un encuentro, y tú lo has reconocido. Debemos colaborar,

ayudarnos en el nacimiento de sujetos nuevos, es decir, gente consciente de un acontecimiento que se hace historia para ellos, de otro modo podremos crear redes organizativas pero no construiremos nada, no ofreceremos nada nuevo al mundo [ni a nosotros mismos]. Por eso [¡atención!], lo que mide el incremento del movimiento es la educación de la persona en la fe: reconocimiento de un acontecimiento que se ha hecho historia. Cristo se ha hecho historia para ti, porque te ha tocado mediante lo que llamamos “encuentro”, en cierto modo te ha penetrado [ha entrado en tus entrañas], se ha hecho “inter-és”, ha entrado dentro de tu ser» (*Un evento reale nella vita dell'uomo. 1990-1991*, Bur, Milán 2013, p. 39). Si nos damos tiempo, el encuentro penetrará cada vez más en nosotros y nos llenará de gratitud por lo que nos ha pasado, permitiéndonos estar delante de cualquier circunstancia, incluidas todas las que hemos mencionado esta noche. Todos los testimonios nos lo confirman, demostrando que esto no es un sueño, sino una experiencia real. Y así podemos llenarnos de curiosidad por ver cómo las nuevas circunstancias podrán mostrarnos aún más la contemporaneidad de Cristo, haciéndonos tocar con nuestras manos Su diferencia única por la capacidad que tiene de generar nuestro yo.

Por eso, espero que nadie se quiera perder la ocasión de esta verificación. Ayudémonos a mantener viva la conciencia de lo que está en juego para cada uno de nosotros en los próximos meses, porque el impacto del estado de alarma aún no ha acabado y cada uno debe seguir verificando lo que ha aprendido. La verificación de la fe no ha acabado, igual que no han acabado los desafíos. Todo es ocasión de verificación, y delante de cada cosa tenemos la posibilidad de ver si hay algo que queda (como hemos visto esta noche) y qué es lo que genera sujetos capaces de estar delante de cualquier circunstancia.

El trabajo de Escuela de comunidad continuará durante el verano con el texto de los Ejercicios de la Fraternidad, *¿Hay esperanza? La fascinación de un descubrimiento*. Hasta finales de julio seguiremos trabajando el tercer y cuarto capítulo, con las correspondientes preguntas y respuestas de la asamblea. En los meses de agosto y septiembre trabajaremos sobre los capítulos quinto y sexto, con la parte correspondiente de la asamblea.

Decreto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida. Todos habéis podido consultar el Decreto aprobado por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida el pasado 11 de junio, que afecta a la Fraternidad y a otras muchas asociaciones y movimientos en la Iglesia. Nuestra intención es responder sin dilación a los cambios solicitados, en los tiempos y formas que indica el Decreto. Como acabo de decir, nos enfrentamos a este nuevo desafío que nos permitirá verificar el crecimiento de nuestra autoconciencia.

Centenario del nacimiento de don Giussani. Os recuerdo que está activa la web contributicentenario.comunioneliberazione.org donde podéis subir vuestras contribuciones de cara a la celebración del Centenario del nacimiento de don Giussani hasta el próximo 15 de septiembre. Os pido a cada uno que toméis seriamente en consideración esta posibilidad y que no esperéis a los últimos días, de tal modo que se pueda favorecer el trabajo de la secretaría. Para todos los detalles podéis consultar la web.

Meeting de Rímini. Recuerdo que la 42ª edición del Meeting, titulada «El coraje de decir yo», se celebrará del 20 al 25 de agosto en el recinto ferial de Rímini. Teniendo en cuenta las normas vigentes y la situación de cada uno, os invito a todos a valorar la posibilidad de visitar el Meeting al menos un día. Es la manera más sencilla de colaborar en la construcción de ese lugar único que es el Meeting. En la web meetingrimini.org se irán indicando las maneras de participar presencialmente. Señalo además que todavía hacen falta adultos para el trabajo voluntario, sobre todo para el Servicio Médico. Por eso el plazo de inscripción como voluntarios –solo para los adultos– se ha prorrogado hasta el 30 de junio. Para más información, podéis visitar la web del Meeting.

Jornada de apertura de curso. Será el sábado 25 de septiembre. A principios de septiembre se comunicarán las formas de participar en este gesto.

Instrumentos de comunicación. Por último, os invito a tomar en serio nuestros instrumentos de comunicación también durante el periodo estival: la revista *Huellas*, la web de CL, las redes sociales. No nos interesa hacer propaganda de ningún tipo, sino más bien verificar qué es lo que nos impacta, de tal modo que nos entren ganas de compartirlo con todos. ¡Pensad en lo que hemos escuchado esta noche! Es la contribución más concreta que podemos ofrecer, a nuestros amigos y a todos los que nos encontremos este verano.

Veni Sancte Spiritus

¡Buen verano a todos!

¡Nos vemos en la Jornada de apertura de curso!

¡Gracias! Adiós.